



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
ESTÉTICAS  
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	<b>BEATRIZ DE LA FUENTE</b>
SERIE	006: DIFUSIÓN
CAJA	015
EXP.	056
DOC.	0003
FOJAS	10-17
FECHA (S)	1992

Homenaje a Ignacio Bernal  
 Museo Nacional de Antropología  
 Auditorio Jaime Torres Bodet  
 Viernes 21 de febrero de 1992

por Beatriz de la Fuente  
 Sr. Secretario de Educación Pública Dr. *Enrique López*  
 miembro de El Colegio Nacional  
 Sr. Rector de la Universidad *Ignacio Bernal*  
 La Sábana y amigos del Dr. Ignacio Bernal

Ignacio Bernal creó y recreó el conocimiento que tenemos del universo prehispánico. De ese universo que se percibe, en ocasiones distante, pero que está en los fundamentos de lo que hoy somos, como proyecto de un gran país que vislumbra ya el segundo milenio. A tal proyecto contribuyó su quehacer como historiador, como arqueólogo, como maestro, como visionario del significado actual de las culturas de los abuelos, como sabedor, en fin, de que sólo al reconocer los cimientos podremos alcanzar las cumbres.

Tengo para mí, que Ignacio Bernal tuvo pasión especial por dos grandes culturas precolombinas, por dos pueblos excepcionales, poderosos creadores de arte y de civilización. Me refiero a los olmecas, los constructores de los orígenes, cuyo máximo desarrollo ocurrió en la costa del Golfo de México, y a los zapotecas y mixtecas, habitantes de lo que ahora es el estado de Oaxaca: fundadores de arquitectura, calendarios y joyería.

Ciertamente, Bernal dedicó también sus empeños al estudio de otras culturas mesoamericanas, e ilumino, desde lo alto, aspectos radicales de sus conductas humanas. De ellos han dado cuenta mis ilustres compañeros. Me honra y me complace atender ahora, en este homenaje, a algunos de los logros de Ignacio Bernal como olmequista, especialidad en la cual destacó sobremanera. Con satisfacción y modestia he de añadir que, en cierta medida me <sup>ataja</sup> ~~corresponde~~ esta distinción, ya que, hace poco más de veinte años, el doctor y maestro Ignacio Bernal me dirigía la tesis doctoral, la cual versó, precisamente, acerca de la escultura olmeca monumental.

Así, hubo un punto de unión, de comunicación radical, de

interés mutuo: el enseñaba, yo procuraba aprender. Y charlamos, con frecuencia, acerca de lo que día con día descubríamos al hurgar en la riqueza de evidencias que nos había legado ese pueblo excepcional. Las más de las veces, las conversaciones eran mansas, tranquilas como el agua que se desliza suavemente; otras eran, sin embargo, apasionadas, agitantes, -dentro del marco de serena sabiduría de la personalidad de Bernal- como la poderosa corriente que bulle y remueve pero que, a la postre, retoma su cauce, de modo similar al diálogo auténtico y respetuoso, que a la vez que da forma a la verdadera comunicación, le otorga digno sentido humano. Bernal había dado luz sobre la cultura de la cual me interesaba estudiar su quehacer artístico; acaso me alcanzó un rayo marginal, me alumbró lo suficiente para percibir la competencia de quién lo emanaba.

1968 fue un año pródigo en investigaciones sobre los olmecas, en el extranjero se publicaba un libro esencial, *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec* ("Views of Olmec Culture". Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D.C., p.p.133-142) prestigiada institución de Washington D.C., y en el país veía la luz *El Mundo Olmeca*, (Editorial Porrúa, México, 263 p.p.) publicado por la respetable casa editora de Porrúa. En áquel participó Bernal como reconocido especialista, en éste le corresponde la autoría. Incursiones previas en el tema le proporcionaron la solidez y la experiencia que permea el magno estudio sobre *El Mundo Olmeca*. Así, había ya publicado una reseña crítica a los trabajos de Michael D. Coe, olmequista norteamericano y algunos artículos en diversas revistas nacionales. Pero, *El Mundo Olmeca* fue como detonador para activar sus quehaceres en relación a los olmecas. En 1969 dictó sendas conferencias sobre el tema, y se tradujo al inglés, con el título *The Olmec World* su ya -para entonces- afamado libro (*The Olmec World*, University of California Press, 173p.p.) ; de otro lado, elaboraba el prólogo de lo que fue la tesis doctoral de Charles R. Wicke, publicada en 1971 con el nombre de *Olmec*.

An early style of Precolumbian Mexico (The University of California Press, Tucson). Poco después, yo habría de recibir su generosa atención para preparar mi propia investigación. (*Los hombres de piedra. Escultura Monumental Olmeca*, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, 1974) El continuaría ahondando en un quehacer renovador sus conocimientos sobre los olmecas; persistiría también en su difusión a través de conferencias y de escritos en nuestro idioma, y en el que se habla en otros países y que él dominaba: inglés y francés, además de alguno en alemán. ("The Olmec Region, Oaxaca" en *Contributions of the University of California, Archaeological Research Facility* no. 11 p.p.29-69; "Les Olmèques" en *L'Art Olmèque*, Musée Rodin, Paris; "Kunst des Olmeken" en *Das Alte Amerika*, Berlín, p.p.176-192).

*El Mundo Olmeca* representa un ambicioso trabajo. Obra que resume toda la información arqueológica hasta entonces conocida y la organiza en una historia coherente. Resulta fácil nombrar tal hazaña, harto difícil debió ser su realización. Se necesitaba decisión, sabiduría, habilidad; cualidades todas que reunía Bernal. Armado con ellas se dió a la tarea de integrar, relacionar, explicar, sugerir y definir lo que comprendió acerca de los olmecas. Los resultados de tan extensa tarea son ahora *via regia* para un mayor acercamiento a esta cultura prodigiosa.

"Mi interés fundamental es la historia de una civilización, no su arqueología" dice Bernal. Tal afirmación resume el propósito primordial de la obra, no se limita a escuetos hechos científicos, sino que aventura hipótesis plausibles sobre una cultura de la cual no permanecen documentos escritos. De ahí que, su comprensión se afinque en la interpretación de los numerosos objetos de arte que perduran, y en los escasos estudios arqueológicos que a la fecha se han realizado.

*El Mundo Olmeca* está dividido en dos partes: la primera se ocupa de la cultura de "Los olmecas metropolitanos"

quiénes vivieron en la región que comprende la parte sur del estado de Veracruz y el oriente del estado de Tabasco, allí donde la tierra cálida es hendida por el peso y el empuje de las aguas, allí donde en la planicie sobresalen algunas partes de monte alto, en cuyas moles de basalto se tallaron las magnas esculturas. La segunda aborda, bajo el enunciado de "Mesoamérica olmeca", las culturas que se desarrollaron en épocas simultáneas o subsecuentes, en el Altiplano de México, en Veracruz, en la Huasteca, en Oaxaca y en el área maya, de modo tal que las enlaza y articula en una suerte de totalidad. A manera de cierre del texto principal, una sección breve trata de sus conceptos sobre "olmecas" y "olmecoides", dos ideas esenciales para el desarrollo histórico que propone Bernal.

Cuando habla de "olmecas", alude a los creadores de la "cultura metropolitana", feliz término que incorpora a quiénes vivieron en la antes dicha costa del Golfo y que fundaron lo que hoy podríamos nombrar "ciudades capitales": La Venta, San Lorenzo, Tres Zapotes, Laguna de los Cerros. En un trabajo más reciente, de 1971, ("The olmec region Oaxaca" en *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility*, No.11, Berkeley, California p.p. 29-50) Bernal mantiene la misma opinión. Se refiere a "olmecoides" cuando menciona "a los habitantes de varios sitios (por ejemplo Monte Albán, Izapa) más o menos contemporáneos, que tienen una serie de rasgos olmecas pero cuyo estilo muestra diferencias muy notables debido a la mezcla con grupos locales que no son olmecas". Finalmente recurre a otro nombre, de igual modo acuñado por él: llama "olmecas coloniales" a los sitios en donde junto a la cultura local aparece la cultura olmeca, no realmente confundida con aquella, sino sobrepuesta, anexa. En otras palabras, se trata de lugares colonizados por los olmecas, pero habitados también, y sobre todo por los pueblos locales (son sitios en Veracruz, Tlatilco y Chalcatzingo en las tierras altas mexicanas y algunos en Guerrero).

Bernal se sitúa en favor de la hipótesis que postula la zona de la costa tropical, como el sitio de origen de la civilización en la América indígena. Señala, sin embargo que tal postura debe ser tomada "provisionalmente", y mientras no se realicen descubrimientos que permitan un cambio de opinión. La civilización surge pues en el "área metropolitana" olmeca; Bernal reconstruye la población que ahí habitaba -calculada en cerca de 350 mil personas- como eran las actividades agrícolas que desempeñaban así como la lengua -proto-maya huasteca- que hablaban. Da una imagen clara del aspecto físico de tales personas: los de baja estatura, tendientes a la obesidad, que se asocian con el jaguar, y los individuos más altos, de nariz fina y labios delgados. Describe, de manera amplia, los avances materiales en arquitectura, en escultura, en la talla de la piedra, en el pulimento del jade, y en la fabricación de inconfundible cerámica. Se ocupa también de otro tipo de logros culturales: el comercio y la guerra, el Estado, la religión y los dioses.

Analizar todas y cada una de las secciones de la obra de Bernal acerca de los olmecas, llevaría mucho más del tiempo destinado con que hoy contamos; las menciono para dar, precisamente, idea de los muchos aspectos que abordó, y sobretodo, cómo los integró en una visión coherente que ensancha el conocimiento, dentro del marco propio de la más justa y legítima historia. De ahí su originalidad, la consecución de un panorama general y totalizador, por ello establece con certeza los fundamentos de nuestra historia, de nuestra identidad.

He dicho, en varias ocasiones que Bernal concibió en su obra a los olmecas en su dimensión histórica. Añado ahora que de toda la explosión bibliográfica, que se dió a fines de los años sesenta, en torno a ese pueblo admirable, sólo en esa obra se entrevén las conductas humanas que determinan el origen, el desarrollo, la expansión y la decadencia de un pueblo; sólo en ella se encuentra al hombre que hace, que crea, que piensa, en suma, al hombre en su dimensión terrenal. En ello reside, para mí, la máxima aportación de

Ignacio Bernal en torno a los olmecas, los estudia y los explica como seres reales que comparten la vida en comunidad; no hurga en los restos del pasado como mera curiosidad necrofílica. Les otorga su verdadera calidad: la de fundadores de los orígenes, la de creadores de civilización, de nuestra civilización.

La mayor parte de los estudios sobre los olmecas que antecederon a la obra de Bernal, y no pocos de los que se escribieron después, se estructuran a partir del concepto de "estilo". Desde los trabajos de H. Beyer en 1927, de Saville en 1929 y de Vaillant en 1932 -antes de ellos no se sabía de su existencia-, se repitió invariablemente que los rasgos que daban unidad a tal estilo estaban entrañablemente asociados con seres humano-felinos, de rostros de jaguar, con con hendeduras en la cabeza, y enormes labios vueltos hacia arriba. Los rostros, en ocasiones, tenían apariencia infantil, de ahí que se le llame caras de niño. Se había establecido, por métodos comparativos, la caracterización de un estilo artístico.

El término mismo -olmeca-, se discutió extensamente y se propuso que en su lugar se usara el de "cultura madre" (Covarrubias) "cultura de La Venta" (Segunda reunión de la SMA: Mayas y Olmecas), "tenocelome" (Jiménez Moreno) y "olmecas arqueológicos" (Piña Chán) . Sin embargo el nombre olmeca había echado raíces y fue, a la postre, insustituible. Lo que no se había puesto en marcha era la búsqueda en torno a las condiciones, a los alcances, a las realizaciones, a todo lo que era característico y original, a lo que le daba su razón de ser en la historia, y que era propio de esos creadores de cultura. Por ello, había que estudiarlos como tales, no únicamente como la imagen reflejada en el espejo de sus obras. A Bernal le estaba destinada esta tarea.

Es así como los olmecas iniciaron la ocupación del lugar suyo que merecían en la historia, dejaron de ser los entes enigmáticos y misteriosos que labraron grandiosas esculturas monolíticas, y bellísimas piezas de jade, para tomar cuerpo en un pueblo de agricultura avanzada, con un comercio en que

se importaban piedras semipreciosas, y se exportaban objetos ya manufacturados; con un estado teocrático militar que se expandió a manera de un "imperio" por razones de dominio guerrero y de colonización, de comercio y de difusión religiosa, constituyendo de esa manera la primera integración mesoamericana.

Las fronteras de tal "imperio", así llamado por Bernal, alcanzaban por el sur hasta Nicaragua y Costa Rica, al norte en el lado Atlántico llegaban hasta el Pánuco, e incluían los valles centrales de México, Morelos y el oriente de Guerrero. Esa amplia difusión se logró principalmente debido a que "es alrededor del culto al jaguar y del ceremonialismo como se exporta más que nada el estilo olmeca".

Bernal no deja de lado el difícil problema de las cronologías inestables, y propone una secuencia comparativa de períodos culturales en el área "olmeca metropolitana". Confiere de tal modo, unidad a las propuestas de otros estudiosos con la suya propia.

Con determinación, Bernal establece que, con el mundo olmeca se inicia la civilización en Mesoamérica. De ello dan cuenta los hechos que permanecen y que legitiman la designación de una Mesoamérica olmeca. Sin embargo, añade que además de estos "rasgos visibles" se inician otros "rasgos invisibles...no demostrables arqueológicamente, que seguirían siendo característicos de la Mesoamérica final". Con ello señala a los que son específicos de la macroárea mesoamericana en los tiempos de la Conquista. Esta afirmación es nuclear para el más hondo conocimiento del México Antiguo: la continuidad de la civilización, de olmecas a mexicas, pasando por mayas, teotihuacanos y zapotecos, mixtecos, toltecas, huastecos y otros más cuyo nombre se ha olvidado. Una sola civilización que se muestra con rostros distintos. Circunstancias geográficas y temporales definen las facetas, un hilo conductor las unifica.

La vocación prehispanista de Ignacio Bernal le ha dado fama internacional, su obra es búsqueda y encuentro, maestría que recuerda, recompone y recrea los hechos que dejaron los

abuelos. Dedicó su vida profesional a indagar sobre tales hechos, por ello esclareció no sólo el mundo olmeca sino el universo todo del hombre de Mesoamérica.